



Suplemento de Teología

Año 1 – N° 3

3^{er} cuatrimestre de 2002

Publicación cuatrimestral del
SEMINARIO CONCORDIA
Escuela Superior de Teología
de la
**IGLESIA EVANGÉLICA
LUTERANA ARGENTINA**

Libertad 1650 (49 N° 7200)

C. C. 5

(1655) José L. Suárez Bs. As.

Tel. (011) 4720-7797. Fax.

(011) 4729-0345

seminariocoñcordia@elsitio.net

concordia@asit.org.ar

Editor Responsable

DAMIÁN JORGE FISCHER

dafis@elsitio.net

Redacción

Cuerpo Docente del Seminario

Concordia

Damián J. Fischer

José A. Pfaffenzeller

Antonio R. Schimpf

Colaboran en este número:

Pastor Roberto Bustamante

Guatraché – La Pampa

Pastor Walter G. Schlund.

Darregueira, Bs. As.

Pastor Carlos Nagel

Leandro N. Alem, Misiones

EDITORIAL

Comencemos con confianza

¿Quién puede olvidar el final del año 2001? ¡Hasta produce cierto malestar recordarlo! Evidentemente, la sensación se agravaba porque no se trataba tan sólo de un final, sino también de un comienzo de año. ¡Cuanta sorpresa! ¡Cuántas preguntas! ¡Cuanta incertidumbre!

Muchos habían puesto su esperanza en el siglo XXI y anunciaban la entrada a una nueva era, en la cual la humanidad vería los cambios soñados hacia la paz, la justicia, el amor. Sin embargo, los sucesos ocurridos a finales del 2001 parecían más cercanos al fin del mundo que al inicio de una era de gloria. «Esto va a terminar mal», se oía, lo cual no dista mucho de decir: «esto se termina». Lo lamentable es que no pocos cristianos, de tanto escuchar de finales funestos, se dejaron arrastrar, olvidándose de las promesas y advertencias del Señor Jesús y se debilitaron en su fe.

Pero los acontecimientos de la historia no debieran alarmarnos. Ellos no hacen más que corroborar lo que está escrito en la Biblia, la santa palabra de Dios.

¿No nos ha señalado Dios que el ser humano es pecador desde su misma concepción? ¿No nos enseña la Escritura que nadie puede redimirse a sí mismo de la maldad que nos aplasta y encadena? ¿No anunció el Señor Jesús que la maldad en la tierra irá en aumento mientras que el amor de muchos se enfriará? ¿Acaso no fuimos advertidos por Cristo acerca del peligro de depositar nuestra confianza en los bienes materiales, que son pasajeros? ¿No nos dice la palabra de Dios que el que ama el mundo y sus deseos termina en el camino ancho que lleva a la muerte eterna?

No hay nada nuevo debajo del sol. Pero los hijos de Dios tenemos la certeza de que él está con los que le temen y los defiende. La entrada de Jesucristo, el Hijo de Dios, en la historia de la humanidad nos confirma que Dios está de nuestro lado y no nos dejará faltar nada. El anuncio de su nacimiento trajo gozo porque se esperaba de él salvación. Hoy, recordar su nacimiento nos alegra porque su resurrección nos da la certeza de que realmente él vino para salvar.

«Busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas [refiriéndose a lo necesario para vivir] les serán añadidas», nos dice. Buscar el reino de Dios es anunciar que él viene y trae el premio glorioso a los que esperan su venida. ¡Este es un buen final! Pero Dios no quiere que sólo algunos se salven, sino que todos lleguen al conocimiento de la verdad para que obtengan la vida eterna. Por ello nos envía, para que seamos instrumentos de salvación anunciando a Cristo. Esta misión dio a la iglesia, a cada hijo suyo. Esa debe ser nuestra ocupación primordial y el propósito final de todas nuestras acciones.

Visto desde esta perspectiva, notamos que hay motivos sublimes para comenzar con confianza el nuevo año, con los ojos puestos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe.

D. J. Fischer, Editor

El trabajo que realizamos para editar esta revista tiene por objeto acercar a los miembros de la iglesia material de reflexión que fácilmente pueda ser presentado a los miembros de las congregaciones.

Es un hecho que la iglesia crece sanamente cuando se predica clara y abundantemente la palabra de Dios. Por ello procuramos acercar trabajos que sirvan como ayuda en la tarea de difundir el evangelio de salvación.

Por esas razones, es importante que los suscriptores nos ayuden a divulgar la revista, puesto que de esa manera nuestro trabajo se multiplica por la acción de ustedes.

Tengamos en cuenta, también, tanto en nuestras oraciones como en nuestros planes, a los líderes de congregaciones que están más alejadas de los centros urbanos y quizá no cuenten con los medios de comunicación y los recursos para acceder a material de consulta. Para ellos puede ser muy importante recibir este tipo de aportes.

Estimados suscriptores, agradecemos el apoyo que hemos recibido a lo largo de este año.

Que este tiempo de adviento y Navidad sea de reflexión profunda, para que continuemos firmes, unidos al Señor Jesús, que es vida y luz.

LA MISIÓN EN LA IGLESIA LUTERANA CONFESIONAL

INTRODUCCION

¿Por qué surge este tema como preocupación a ser reflexionada en un encuentro de personas ocupadas con el trabajo misional de la iglesia?

¿Cuál es la causa de la pregunta: "Podemos hacer la misión de Dios siendo una iglesia confesional"?

¿Será que hay dudas acerca de la posibilidad de la realización de la misión? ¿Si las hay, a qué pueden deberse? ¿Podrían las mismas Confesiones ser las causantes de estas sospechas? Otros grupos religiosos no confesionales progresan, al menos en apariencia, libres de todo tipo de ataduras en sus enseñanzas y en sus prácticas, mientras que las iglesias confesionales tenemos dificultades para crecer, especialmente en ambientes culturalmente diferentes al medio que dio origen a la iglesia confesional. ¿Podrán las confesiones haberse vuelto impedimentos para la acción misionera y el posible crecimiento? Dicho de otro modo, ¿Serán las confesiones causales de estancamiento? Indudablemente la preocupación existe, y será bueno efectuar un análisis del asunto, a fin de encontrar el mejor camino para continuar la marcha como iglesia.

I. LA CONFESIONES ANTERIOR A LA IGLESIA

La iglesia cristiana, a saber, el conjunto de personas que creen en Dios, que aceptan como verdad la revelación que Él ha hecho de sí mismo en las Sagradas Escrituras, y que esperan confiadamente el cumplimiento de sus promesas de salvación, no ha surgido por generación espontánea, sino como consecuencia de la misión que Dios mismo realizó y sigue realizando por

medio de su Palabra confesada, primero, por Él en persona, y luego por sus siervos, a quienes les ha sido encomendada.

Así la creación del universo, relatada en Génesis 1 y 2, es la "Confesión que Dios hace de Sí mismo en la manifestación de su voluntad creadora". Y con ella pone en funcionamiento SU PROPIA MISIÓN. La Misión de Dios.

Con la irrupción del pecado, relatada en Génesis 3, Dios en su amor eterno inicia el largo y penoso camino de la salvación y restauración de lo que se había perdido. Con su confesión hecha a Adán, en Génesis 3:15, pone en marcha el camino de la esperanza para el hombre perdido.

Gracias a esta confesión, y a muchas otras que le siguieron, por boca de los profetas, la fe salvadora en la "Simiente de la mujer", tuvo posibilidad de existir y de comenzar a construir la iglesia, la comunidad del amor, con todos los creyentes en la promesa.

Cuando vino "el cumplimiento del tiempo", según Gálatas 4:4-5, Dios realiza la mayor confesión posible de su Gracia salvadora, encarnándola en la persona de su propio Hijo.

Acerca de Él, Dios confesó: "Este es mi hijo amado...a Él oíd" (Mateo 17:5).

Ya consumada la redención por su muerte y resurrección, el Señor Jesús, y después de haber confesado durante todo su ministerio, con firmeza, ser quien era, se despidió de sus discípulos, la nueva comunidad del reino de Dios, descontando que serían sus testigos, y que irían por todo el mundo "haciendo discípulos...y enseñando a guardar todo lo que Él había mandado..."(Mateo 28:18-20). Habría

de continuar con ellos, y a través de ellos, la confesión de los grandes hechos salvadores de Dios en favor del hombre.

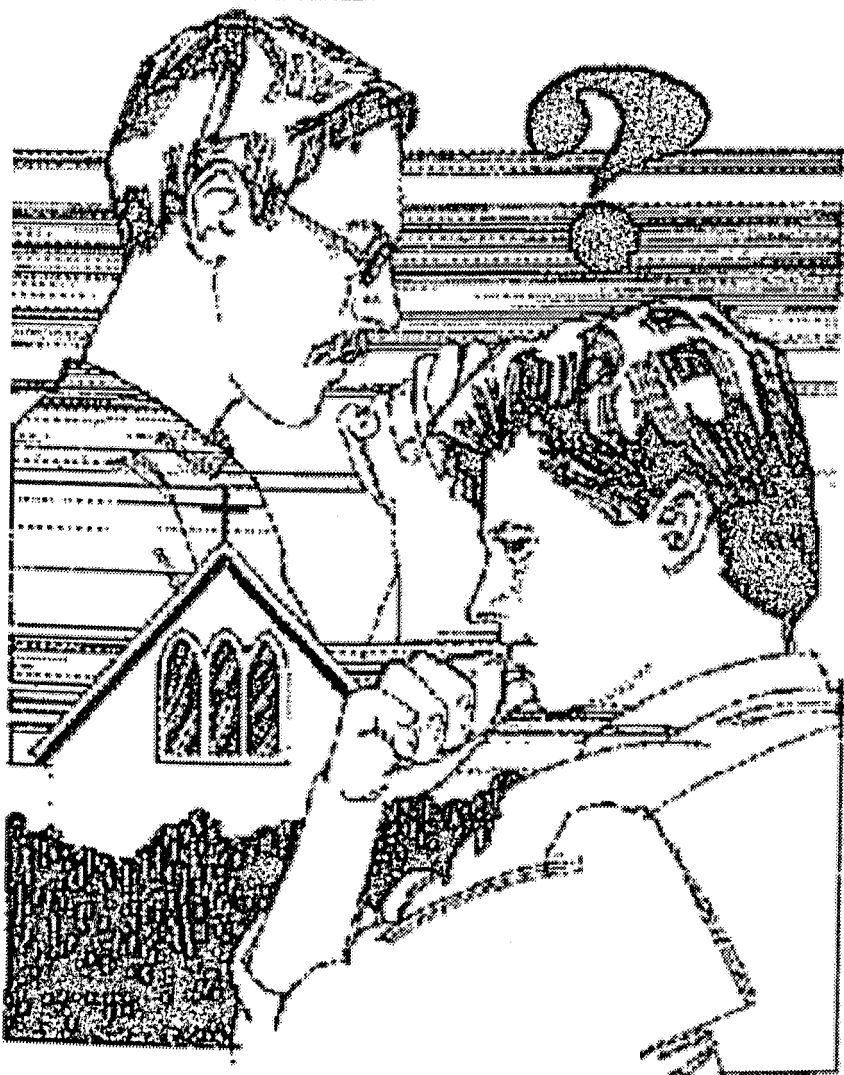
Y esta confesión por parte de los discípulos sería posible porque el Señor mismo había prometido dotarlos de valor, poder y sabiduría de lo alto, por el Espíritu Santo, el Paracleto, consolador y pedagogo, que habían de recibir (Hechos 1:4,8 y 2:1-4) Y lo recibieron. Y Dios sigue derramándolo sobre su iglesia también ahora. Así la iglesia nace por la confesión que Dios hace de sí mismo y de sus obras de salvación. La confesión es anterior a la iglesia. Sin confesión no hay iglesia, como tampoco hay iglesia sin confesión, aún cuando hay quienes se rehúsen a reconocerlo.

II. NO HAY IGLESIA SIN CONFESION

Con el primer Pentecostés cristiano arranca con ímpetu la obra misionera en Jerusalén. Pedro confiesa valientemente las grandes verdades de Dios ante una multitud que termina preguntando preocupada: "¿Qué haremos?" Y reciben como respuesta una confesión tremenda: "Arrepentíos y bautícese cada uno..." Y conocemos el maravilloso resultado de aquella primera cosecha.

Por la confesión valiente de los apóstoles y de los creyentes que se sumaban, el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hechos 2:47). Y el número de los discípulos crecía, como resultado de las confesiones de los testigos de las obras de salvación de Dios en Cristo.

San Pablo, escribiendo a los Corintios, nos presenta quizá el primer compendio formal de una confe-



sión de fe, cuando en el capítulo 15: 3 y ss. de la primera carta dice: "Porque primero os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras, y que fue sepultado, y que resucitó el tercer día, conforme a las Escrituras, y que apareció a Cefas, y después a los doce..." ¿No resuenan estas palabras en el Credo Apostólico, de elaboración posterior?

A medida que la iglesia crecía y las congregaciones se multiplicaban por todo el mundo de entonces, comenzaron también a multiplicarse ideas y opiniones extrañas, que no concordaban con las Escrituras de los profetas, ni con las enseñanzas de Jesús y de los apóstoles.

Jesús y los escritores del Nuevo Testamento habían advertido que esto sucedería, y que sus seguidores debían estar vigilantes para mantener fielmente sus enseñanzas y la confesión de los hechos salvadores de Dios. Las iglesias, ante la aparición de falsos maes-

tros, se vieron en la necesidad de elaborar fórmulas sencillas que contuvieran los principales artículos de la fe apostólica.

Muy temprano en la historia de la iglesia, el evangelista y apóstol Juan tuvo que exhortar a los fieles a cuidarse de los predicadores itinerantes, muy abundantes en aquel tiempo, algunos de los cuales venían con una doctrina cristológica errónea, enseñando que Jesús no había venido en carne, y que no era en realidad, verdadero Dios. Leemos en 1 Jn. 2:22-23: "¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo tampoco tiene al Padre. El que **confiesa** al Hijo, tiene también al Padre". Y en el cap. 4 del mismo libro: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el espíritu de Dios: Todo espíritu que **confiesa** que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios, y todo espíritu que **no confiesa** que Jesucristo ha

venido en carne, no es de Dios; y éste es el espíritu del anticristo. El cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo" (v- 1-3).

Y en la segunda carta de Juan hallamos la advertencia siguiente: "Muchos engañadores han salido por el mundo, que **no confiesan** que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. Mirad por vosotros mismos, que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. Cualquiera que se extravía y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, éste sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae (**confiesa**) esta doctrina, no le recibáis en casa, ni le digáis ¡Bienvenido! Porque el que le dice ¡Bienvenido!, participa en sus malas obras". (v. 7-11)

Así surgió el "Credo Romano", precursor del "Credo Apostólico". Mas tarde, ya en el siglo IV, y por la aparición de una incorrecta comprensión acerca de las Naturalezas y la persona de Cristo, surge del Concilio de Nicea, el "Credo Niceno", en el que el énfasis principal está en dejar claramente explicitadas las enseñanzas bíblicas acerca de la naturaleza y persona de Jesucristo, contra las herejías que habían aparecido.

Cada vez que las circunstancias lo exigían, los cristianos que quisieron permanecer fieles a la Palabra de Dios, elaboraron fórmulas que expresaran con palabras sencillas y comprensibles, las grandes verdades que Dios había dejado a la iglesia, a fin de evitar que se deformaran o desaparecieran, ya que de su fiel enseñanza y confesión, depende la salvación eterna del pecador. Surgen así las "Confesiones", o "Documentos Confesionales".

Las Confesiones que suscribe la iglesia luterana confesional, compiladas en el Libro de Concordia de 1580", y que en gran parte surgieron en el siglo XVI, en Alemania, también responden al mismo propósito, a saber, expresar en forma sencilla y concreta la **confesión** primitiva de la fe apostólica ante situaciones nuevas que podrían llevar, y en efecto llevan al extravío en la fe,

al engaño, a la herejía y a la misma condenación eterna. Esto no es poca cosa, y por ello hubo que pagar un alto precio, como el que pagaron los que formularon las confesiones, como expresión fiel de sus convicciones a partir de la Biblia. Al propio Cristo, su confesión ante las autoridades: "Tú lo dices. Soy Hijo de Dios", le ha costado sangre y muerte. El "Padre de la Mentira" hizo, hace y seguirá haciendo todo lo posible para borrar de la faz de la tierra la verdadera fe en Cristo, a partir de la tergiversación de las verdades reveladas por Dios en su Palabra. No nos extrañe, entonces, si resulta difícil mantener en alto la bandera de la fe bíblica y confesional, en un mundo y en una sociedad que ama la mentira, que ha socavado sistemáticamente los cimientos a toda verdad, y que se burla de quienes afirman conocerla.

No hay iglesia sin confesión. Aquellas que por "simpatizar desmedidamente con el mundo" han dejado de confesar las verdades eternas, también han dejado de creerlas, y consecuentemente se han diluido en el mundo, quedándoles, en el mejor de los casos, el ropaje exterior de iglesias, pero por dentro están vacías de vida, de esperanza, y también de miembros comprometidos con Dios y con su Reino.

Abandonar la confesión es dejar de ser levadura que pueda leudar la masa, para llegar a ser "masa en medio de la masa".

Hay, sin embargo, dentro del cristianismo, grupos relativamente numerosos que encuentran en las confesiones formales nuestras, un motivo de escándalo y acusación. Afirman que ellos "no necesitan de credos, porque poseen la Biblia, que es superior a todo credo. Si el Credo es fiel a la Biblia, está demás, porque ya está en la Biblia. Y si no es fiel a la Biblia, también está de sobra, porque se opone a la Biblia".

La realidad es que estos grupos tienen por credo el oponerse a un credo formal. Sin embargo tienen sus postulados doctrinales básicos elaborados, sin los cuales no podrían subsistir.

Por otro lado, la falta de claridad y acuerdo en muchas cuestiones importantes, hace que estén incurriendo en constantes cismas y divisiones.

Echar de menos a las confesiones formales de la fe bíblica conduce también a echar de menos la fe histórica

de la iglesia, que comienza con sus orígenes y será preservada hasta la eternidad. Así lo promete Dios en su Palabra.

El Espíritu Santo, derramado sobre la iglesia a través de los Medios de Gracia, la guía al conocimiento de la Verdad, a la verdadera fe. Esta fe verdadera que arranca con los primeros creyentes, corre a lo largo de la historia de la iglesia como un hilo dorado, preservándola de las interpretaciones personalistas y de los arranques de excéntricos que en ciertos momentos puedan aparecer, (y en efecto aparecieron, y siguen apareciendo), y arrastran tras sí a los incautos y sencillos. No se trata de personas, sino de un pueblo milenario que espera en Dios, confiesa sus virtudes y sus obras maravillosas, consolándose en ellas. Las fórmulas confesionales recogen esta fe histórica y la ponen en línea, entre el pasado y el futuro, entre las generaciones que ya están en el cielo y las que aún han de venir. Detrás de todo esto está la mano de Dios, Señor de la Iglesia, que la guía, la cuida, preserva y salva. Se cierran así las puertas a los nuevos "mesías", algunos de los cuales con sus "nuevas revelaciones", asociadas a una personalidad fuerte y frecuentemente desequilibrada, cuando se les presentó la oportunidad, han provocado divisiones, y originado nuevas religiones y cultos, alejados de la fe histórica de la iglesia.-

EL DOBLE PROPOSITO DE LAS CONFESIONES

Los documentos confesionales tienen dos funciones principales. Ambas de gran importancia, por lo que necesitan ser reconocidas y adecuadamente usadas. De lo contrario, puede generarse un desequilibrio que afectará negativamente el trabajo de la iglesia confesional en la práctica.

El primer propósito de las confesiones es el que veníamos describiendo más arriba. Dar una interpretación correcta de las enseñanzas de las Escrituras, por obra del Espíritu Santo en acción a través de su pueblo así como fueron entendidas y creídas desde los orígenes, preservándolas para las generaciones actuales y futuras. Las confesiones son de este modo el **elemento formal** de la fe.

¿Cómo se va a preservar la fe, sino por medio de conceptos inteligibles, palabras con significado conocido y

sentido generalmente aceptado, que evoquen idéntica comprensión en quienes las escuchen, pronuncien, escriban o lean?

La fe recibe una **forma** visible y audible, capaz de ser guardada en el cofre de la formulación confesional. Así, mientras los códigos de comunicación en los que la fe ha sido formulada, y los principios de decodificación sigan siendo los mismos, podrá ser conservada y transmitida en el tiempo en forma inalterada.

El primer propósito de las confesiones es, entonces, el de **guardar, proteger, conservar, defender** los contenidos de la fe. Éste es el tesoro a ser cuidado. La fórmula confesional es el cofre que lo va a contener y preservar.

El segundo propósito de las confesiones es, precisamente, **confesar la fe**, es decir, dar a conocer delante de Dios y de los hombres, el contenido de la fe.

¿Cómo se agrada a Dios, y cómo se enterarán las demás personas lo que creemos, si no **confesamos** claramente, con convicción y compromiso, en forma oral, o escrita la fe bíblica e histórica que poseemos? En este sentido, las confesiones dan a conocer, comparten, informan, testifican a los hombres las virtudes, los atributos, la buena voluntad, la gracia, y los grandes actos salvadores de Dios en favor de todo pecador, como también los medios por los que los imparte.

Este segundo propósito probablemente es el más olvidado. Quizá también el más descuidado por la iglesia. Se dedica mucho empeño en **conservar**, y menos en **dar a conocer** lo tan cuidadosamente conservado.

Probablemente un desequilibrio entre ambas funciones, el énfasis desmedido en una de ellas en detrimento de la otra, sea buena parte del problema que originó las preguntas en la introducción de esta ponencia.-

INVESTIGACIÓN ACERCA DE POSIBLES PROBLEMAS

Nadie ignora que los documentos confesionales surgen en momentos de mucha turbulencia y agresividad entre personas, entre grupos, entre posturas, entre tradiciones, que hicieron que no siempre, o casi nunca, se distinguiera entre la opinión de la persona y la persona misma, dueña de la opinión. Así se formalizaron frecuen-

tes luchas, algunas muy encendidas entre personas y grupos, luchas que llevaron, en algunos casos, hasta al lamentable extremo de la violencia y del derramamiento de sangre.

La historia de la iglesia está llena de episodios de los que ningún cristiano debiera enorgullecerse. Son manchas negras y avergonzantes las así llamadas "guerras santas", "cruzadas", "Inquisición", y otros muchos acontecimientos "menores", (en algunos de los que perecieron miles, como en la "Noche de San Bartolomé", la matanza de los Hugonotes). ¿Y qué se dirá de la "Guerra de los treinta años", en tiempos de la Reforma?

Jesús y los apóstoles también lucharon decididamente por las verdades del evangelio. Las primeras congregaciones tuvieron grandes "luchas" por la causa del Señor. Pero en ningún caso perdieron los estribos, sino que guardaron la sensatez y el amor, sin dejar de sostener sus convicciones. Pedro quiso poner las cosas en orden, "a la humana", y en el Getsemani sacó su espada volándole la oreja al pobre Malco. Pero el amor de Jesús se la volvió a poner en su lugar, mientras también puso a Pedro, y a su espada, en "sus respectivos lugares". La verdad de Dios, y a Dios mismo, no se lo resguarda con agresividad y falta de amor, y menos con el orgullo de quienes creen que, porque la causa es justa, cualquier método es lícito. Tampoco aquí "el fin justifica los medios". La intolerancia y la violencia siempre han producido graves problemas, que podrían haberse evitado. Las agresiones verbales y la violencia de todo tipo hacia otros, cierra las puertas al análisis y a la razonabilidad. Las abre, sí, hacia un fundamentalismo retrógrado, que hace todo lo contrario de lo que dice. Y de la manera más antipática.

Las cuestiones religiosas en general, y la fe cristiana en particular, no pueden ni deben dirimirse por la fuerza, sino con la persuasión. (Palestinos e Israelíes jamás llegarán a un acuerdo por el camino en el que han caído).

No se debe inezclar los planos, a menos que se quiera desembocar en estos problemas. El plano de la espiritualidad se halla en un nivel diferente al de la realidad física. A los dioses y a los demonios no se los puede manejar por las armas de los hombres.

Es necesario aprender a **distinguir** los planos. Es imprescindible hacerlo por el bien de lo más importante, las

personas. Respetar aún sin compartir, y ser respetado, aún sin que se comparta nuestra opinión, es el ideal al que debe aspirarse. Las agresiones son siempre indeseables.

En el convulsionado mundo de fines de la Edad Media, período crítico de la historia de la humanidad, se armó una encarnizada lucha entre los que no querían perder su dominio y su poder generalizado sobre todo, y los que se querían liberar de la opresión de los dominadores. La Reforma es mucho más que un movimiento religioso. Es un movimiento liberador, en lo religioso, en lo político, en lo filosófico, en lo social, y muy especialmente en lo económico. Ha afectado todo el espectro de la realidad del mundo de aquel entonces. No es extraño, que hayan surgido fuertes tensiones y gran agresividad entre los involucrados.

Las confesiones luteranas no nacen en una campana de cristal, sino en ese ambiente de alto voltaje, de expresiones de grueso calibre, de broncas mutuas, y también, de "intenciones no siempre amables".

Recordemos que Lutero tuvo sentencia de muerte. La misma nunca se concretó sencillamente porque no lo pudieron agarrar.

Lo incorrecto hoy día sería ignorar el complejo mundo en el que surgieron los escritos confesionales, en el que todo estaba mezclado. Cada cual defendía sus intereses, y lo hacía a la manera de aquel entonces. Palabras fuertes, groserías, comparaciones ridiculizantes, maldiciones y otras formas de agresión eran "normales". La lucha iba a "todo o nada".

Aquellos luchadores hace siglos que están muertos. Muchos de sus problemas han muerto con ellos. Y sería saludable dejarlos en sus tumbas. Hicieron lo que pudieron, creyeron y supieron. Fueron humanos y se portaron como tales. Sus escritos tienen, en el caso de las confesiones, un profundo arraigo bíblico, que debe ser reconocido. Han confesado con valor su profunda fe, y han logrado que la misma se propague por el mundo y lleve el consuelo del evangelio a millones. Nadie les negará este mérito. No obstante, debemos ser cuidadosos hoy día, como luteranos confesionales, al tratar con las confesiones en nuestro medio. No es nuestra vocación resucitar antiguos odios, ni buscar con la lupa "la paja en el ojo ajeno". Especialmente en los ojos de los "adversarios ya

difuntos". No debemos trasplantar aquellas situaciones a nuestra realidad. Hemos de rescatar lo esencial, y dejar en el olvido los agravios y las ofensas gratuitas hacia otros que son diferentes en sus convicciones a nosotros. Las peleas contra los "Molinos de viento" quedan bien para el Quijote, pero no son de provecho para el Reino de Dios. Si lo hacemos de otro modo, sólo lograremos levantar barreras y problemas innecesarios que nos cerrarán el paso para la confesión positiva y amorosa del evangelio salvador.

Es natural, y comprensible, que todo el que se sienta atacado, se vea en la necesidad de defenderse. Y entonces se habrá generado el ambiente propicio para la polémica y la pelea infructuosa, que el diablo sabrá fomentar muy bien para entretener a la gente en disputas estériles, y evitar el crecimiento del evangelio, poder de Dios para salvación.

Frecuentemente se encuentra la opinión de que ser buenos luteranos es, ser agresivos, antipáticos e intolerantes con propios y extraños, "en honor a la fidelidad confesional". Entendidas las confesiones de este modo, en efecto, se habrán convertido en chalecos de fuerza que impiden todo avance misional. Se habrá convertido de ese modo a la misión en proselitismo. Su pretensión será la de "agregar personas a nuestra iglesia que sean exactamente iguales a nosotros, mientras se destruye a las demás". La práctica mostrará que no hay muchas posibilidades de éxito por este camino. Y la ética reclamará un mejor nivel de comportamiento.

Ante todo, son las Sagradas Escrituras las que hemos de priorizar. La sencillez de las mismas en los grandes temas de la salvación, hace innecesario todo empleo frontal de los escritos confesionales, o la alusión permanente a los mismos y a sus bondades. Estos han de quedar como una guía en segundo plano para una orientación correcta de la fe en la línea de la historia de la salvación. Siempre la Biblia primero. Luego, de ser necesario, la alusión confesional.

Será de utilidad también, recordar que el luteranismo se extendió desde el norte de Europa hacia el resto del mundo. Ha llegado hasta acá traído por grupos o personas con características particulares. Eran de origen alemán, en su mayoría. Muchos han pasado va-

rias décadas en Rusia, o en Brasil, o en EE.UU, o en otros países, “encerrados en sus etnias”, viviendo en sus aldeas, custodiando celosamente sus valores culturales, y protegiéndolos contra todo ataque o amenaza de transformación. Estos valores se han conservado con frecuencia mejor en el “exilio” que en la propia madre patria. Se formaron de ese modo, grupos cerrados, cuyo mayor celo era el de “guardar” la herencia traída para las generaciones venideras, “hasta el momento del regreso y de rendir cuentas” y no permitir la mezcla ni el mestizaje racial, cultural, o religioso. Esta actitud es comprensible y explicable. Las confesiones religiosas llegaron a ser parte de la cultura, y ésta no podía entenderse separada de aquellas. Así pasaron a ser una “reliquia” en cuidadosa custodia. Asumieron principalmente el papel de “guardar la fe” contra todo tipo de deformaciones, y pasó a segundo plano, sino al olvido, su función de “mostrar y compartir la fe con todos”. Donde persista esta perspectiva, queda muy poco margen para la obra misionera a todas las naciones.

El “luteranismo confesional” fue entendido en términos de patrones de cultura. Ser luterano fiel era, abrazar y practicar un determinado tipo de música y canto, una forma litúrgica rígida preestablecida, un método catequético inflexible, una actitud hostil, (o al menos, poco simpática) hacia los que fueran diferentes, un orden ético singular obligatorio, una manera de hablar, de pensar, de proceder, y hasta de comer estereotipada, usos y costumbres “cristianas”, etc. Esta “inculturación” del confesionalismo no ayuda a una apertura para confesar al Señor a todos sin discriminaciones. En especial, a los “diferentes” culturalmente. Hasta cierto punto, esta inculturación confesional cumplió bien el rol que se había propuesto. El de “guardar”.

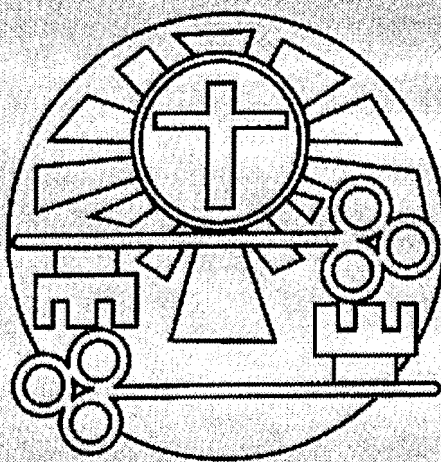
Este proceso, de envolver la Biblia en las Confesiones, y las Confesiones en la Cultura, tiene su explicación. El “cristianismo cultura” no es exclusivo de los luteranos. Se dio también, en mayor o menor medida, en otros grupos confesionales no luteranos. Y en todos los casos se constituyó en una barrera importante para el trabajo misionero bíblico. Resulta imperioso comprender este proceso para poder decodificarlo, a fin de reconocer lo medular y contextualizar lo accesorio

en las nuevas realidades, sin temor a perder la fidelidad.-

SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA LA ACCIÓN MISIONERA

En primer lugar ha de quedar claro que no se puede prescindir de una declaración confesional. Aún los opositores a toda confesión, tienen la suya, a saber, la personal. Ya conocemos las consecuencias de este camino.

Las confesiones son útiles y necesarias cuando son exposición fiel de las enseñanzas bíblicas. Ayudan a ser claros, a reconocer desviaciones, y a conservar la unidad de la iglesia. Las



iglesias que han usado correctamente sus confesiones, se han afirmado y se han extendido. Creo que el Sínodo de Misuri es un buen ejemplo, a pesar de todo. Por otra parte, las iglesias que han “dado por superadas” sus confesiones, se han diluido en el mundo, han perdido su fuerza, su coherencia, su unidad, y corren el riesgo de extinguirse como iglesias, para pasar a ser meras comunidades de servicio, en el mejor de los casos.

También tenemos ejemplos concretos de estos casos.

Necesitamos mantener nuestra confesionalidad. Si lo hacemos en forma correcta, seremos respetados por la sociedad y los otros cuerpos eclesiásticos, y podremos realizar la misión de Dios con muchas y buenas posibilidades de crecimiento.

En segundo lugar, tenemos que recordar que vivimos tiempos muy difíciles, en los que “Satanás anda suel-

to”. Todo lo que suene a fidelidad a las enseñanzas bíblicas será objeto de ataque de su parte. El racionalismo, el humanismo, el universalismo, el orientalismo, el gnosticismo, el agnosticismo, el cientificismo, el hedonismo, el materialismo, el naturalismo, etc. etc. en sus versiones extremistas apuntan a socavar los fundamentos de la fe, a fin de eliminar a Dios y su iglesia de la faz de la tierra. De reemplazarlo por una “religión natural”, y por “dioses light”, de fácil consumo, y al servicio de intereses ocultos. Son “los tiempos del fin”, acerca de los que el Señor y los apóstoles nos han advertido. Por ello, la tarea de los fieles, para los que queda cada vez menos espacio, se pone muy dura y hace sospechar, aún a la iglesia, que “su tiempo” ya ha pasado, y que ahora hay que “hacer las cosas de otra manera”, dejando “aquellas cosas viejas que ya no sirven”. Vil engaño. No caeremos en esta trampa.

En tercer lugar hemos de despojarnos de antiguas animosidades contra aquellos que no tienen nuestra misma postura o convicción. La historia ha transcurrido, y no confundiremos a las personas, dignas de todo nuestro respeto, con sus creencias, las que podremos compartir o no, en un marco de maduro disenso. No hay necesidad de subirse a “los carros de guerra”, a disparar flechas, y agredir ni humillar a quienes no suscriben nuestras convicciones. Las cláusulas condenatorias o anatematizantes de los escritos confesionales pueden quedar para nuestro uso “interno”. Emplearlas sin más ni más sería, en algunos casos, sacarlas del contexto histórico que justificaba su inclusión. No debiera pegarse al que no tiene nada que ver. Hacerlo nos pondría en una postura odiosa, que casi nadie comprendería. En tal actitud nos cerrarían las puertas, no por traer verdades bíblicas, sino por irrespetuosos, en “actitud dinosauria”.

En cuarto lugar, debemos manejarnos con mucha honestidad, humildad y modestia. Los “dueños de la verdad”, o los que se creen tales, suelen asumir actitudes de soberbia, de menosprecio hacia los otros. Podemos presentar nuestras convicciones con toda modestia y respeto, exponiendo nuestras razones y argumentos, con amor, y seremos escuchados. No siempre creídos, claro está. Nuestra confesión ha de “ir a favor” de la gen-

te, y no "en contra" de ella, chocándola e hiriéndola. Los demás también tienen sus razones y sus argumentos, que para ellos son muy valiosos y amados. Tienen su historia, que les es querida. No hay derecho de "aplastarlos". Si lo intentamos, les obligaremos a defenderse. Y una vez entablada la lucha, perderemos todos. Para confesar en un ambiente "pluralista", es antes, necesario aprender a escuchar. No fuimos enviados a avasallar, sino a testificar.

En quinto lugar tienen que ser reestudiadas ciertas prácticas pastorales, a las que asociamos con el luteranismo confesional. Me refiero, especialmente, a la disciplina eclesiológica, a la ceremonias de sepelio, a la administración de la Santa Comunión, a la contextualización de la catequesis, a las relaciones con otras iglesias cristianas. Y hay más. Actitudes inadecuadas, y no necesariamente "confesionales", sino más bien culturales, nos traen problemas y nos cierran puertas, porque nos colocan en un exclusivismo antipático, poco propicio para la misión.

No es esta ponencia el lugar para analizar tales cuestiones. Sólo las menciono para ser tenidas en cuenta como probables obstáculos.

En sexto lugar, necesitamos "leer y comprender las nuevas realidades de nuestros pueblos latinoamericanos contemporáneos". No podemos pasar el tiempo respondiendo preguntas, cuyas respuestas eran muy importantes para el siglo XVI, pero que hoy casi nadie formula. Las confesiones aluden a problemas concretos del momento en que surgieron, y que eran afligentes para las personas. En tiempos de la Reforma, en una sociedad religiosa, envuelta en un generalizado misticismo, la gente estaba realmente afligida por su salvación eterna. Y la disputa acerca de que si ésta era por obras y méritos, o por gracia, por medio de la fe en Cristo, era la gran cuestión sobre la que el pueblo necesitaba claridad y certeza. ¿Cuántos están preocupados por este tema hoy? No es que yo dude de su importancia, sino a lo que voy es que no podemos imponerle a la gente lo que debiera ser importante para ellos, sino tomar sus grandes angustias, y trabajar, de parte de

Dios, en misión hacia ellos, para que descubran entre sus urgencias y sufrimientos, lo verdaderamente importante y trascendente. En este mundo globalizado, que excluye y margina a las masas, creando situaciones sociales de injusticia alarmante, no debemos como luteranos confesionales, pretender trabajar en una sociedad y una iglesia del siglo XVI, como si la historia se hubiera congelado.

Entre las multitudes de excluidos sociales por el sistema perverso, los conceptos de "gracia", "justificación por gracia", son totalmente extraños. Sólo los más capaces, los más preparados, los que más se esfuerzan, los que llegan a rendimientos excelentes tienen posibilidades. Los demás, están sencillamente demás. Pueden desaparecer y nadie llorará por ellos. Al contrario. Eliminar a estas masas les traería un gran alivio a quienes ahora creen que "gracias a sus méritos", ahora tienen que mantenerlas. Este sentimiento, de "no tener cabida en ninguna parte" se opone frontalmente a la enseñanza de "la gracia universal", que dice que "hay lugar para todos", sin importar quién se sea, qué se sepa, o qué se tenga. (Este último párrafo va a modo de ilustración para hacernos reflexionar que no podemos "trasvasar" teología, si queremos estar en la "misión de Dios", interesada en restaurar a los seres humanos en forma integral.

En séptimo lugar, como luteranos confesionales hemos de trabajar, no "para nuestras confesiones", sino "para los hombres que necesitan de Dios, y en muchos casos no lo saben, o lo saben mal". Jesús no envió a los suyos a construir baluartes y fortalezas, ni siquiera templos o escuelas, sino a "hacer discípulos", con todo lo que eso implica.

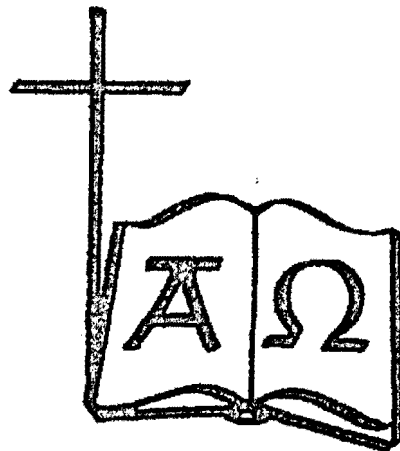
Con gran sencillez, profundidad y amor viviremos, adoraremos, predicaremos, enseñaremos, curaremos, exhortaremos, denunciaremos, consolaremos y llevaremos a los pies del Salvador a cuantos más podamos, desde allí donde ellos se encuentran. Y no lo haremos para orgullo de una denominación religiosa confesional, sino para la exclusiva gloria de Dios, quien no quiere que nadie se pierda, sino todos lleguen al conocimiento de la verdad.

CONCLUSIÓN

Las confesiones luteranas son un valioso instrumento para la misión de la iglesia. Ayudan a permanecer en la fe histórica que la Biblia enseña.

Por otra parte, ellas no son responsables de que un uso inadecuado de las mismas, convierta a algunas iglesias luteranas en museos, o en "túneles del tiempo". Somos nosotros, creyentes que vivimos aquí y ahora en la presencia de Dios, y en medio de este pueblo, los que hemos de realizar la misión de Dios en forma fiel y pertinente.

Pastor Carlos Nagel
Leandro N. Alem, Misiones
Argentina
Agosto de 2002
(Ponencia para el 3° ENRETE
Inst. Bfbl. Lut. Valparaíso, Chile).



«Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva».

(Ga 4.4-5)